

Y Amaro, que no era manco ni sordo, sacó su navajilla corta, la abrió con los dientes, la esgrimió... Oyóse un aullido largo, pavoroso, de agonía.

—¿La tiro al Sil?—preguntó el hermano de leche, levantando en brazos á la víctima, desmayada y cubierta de sangre.

—No. Déjala ahí ya. Vamos pronto á donde quedaron las caballerías.

—Si mi potro acierta á soltarse y se arri-
ma á la yegua... la hicimos, señora ama.

Y bajaron por el monte, sin volver la
vista atrás.

.....
.....

De la costurera bonita se sabe que no apareció nunca en público sin llevar el pañuelo muy llegado á la cara. De Camilo Balboa, que no le jugó más picardías á su mujer, ó si se las jugó supo disimularlas hábilmente. Y de la partida aquella que se preparaba en Resende, que sus hazañas no pasaron á la historia.



CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

III

HACE V. mal, mi apreciado neófito, en impacientarse porque transcurrió el mes pasado sin carta mía. De la forzada interrupción de esta correspondencia toma V. pié para llamarme, en cierto modo, soberbia y desvanecida, diciéndome en frases que bajo capa de modestia encubren cierta quisquillosidad exigente, que "siente V. no ser una eminencia de las letras, del arte ó de la política, para tener el derecho de exigirme mayor puntualidad".

Sin saberlo me ha dado V. pié y asunto para esta carta, que pensaba dedicar á señalarle á V. cuál debe ser, en mi opi-

nión, su línea de conducta con el público, pero que consagraré á otra cuestión muy interesante al ejercicio de la profesión literaria—el valor del tiempo y cómo debe el literato defender de importunos y entremetidos este tesoro.—Y si V. se da por aludido, peor para V., porque no interpreta bien mis palabras.

Quien haga aplicaciones,
con su pan se lo coma.

El día natural ¡oh mi desconocido amigo! tiene veinticuatro horas, y la vida del hombre es, por término medio y sacando número premiado, de sesenta á sesenta y cinco años. De estos sesenta y cinco descartemos los de lactancia, niñez, primera educación, ebullición juvenil y asimismo los de la decadencia, enfermedades y cercanía de la muerte. Calculemos veinte para lo primero (ya ve V. que no me excedo, pues fijo la mayor edad del aspirante á literato en veintiuno), y para lo segundo, cinco (tampoco es gran concesión). Quedan cuarenta años de verdadero apren-

dizaje y ejercicio de la profesión literaria. Pero como todo literato es hombre... ¡ó mujer! espero que me concederá V. que en esos cuarenta años puede enamorarse, casarse, tener hijos, verlos enfermos, perderlos, sufrir otras desgracias de familia, reveses de fortuna, quebrantos en la salud, etc., etc. Descontemos, pues, para este presupuesto de imprevistos, bien poco: seis años. Quedan treinta y cuatro. Si suponemos que el literato sale al mundo con el problema económico ya resuelto, entonces no necesitará buscarse, aparte de las letras, el pan de cada día; pero si tiene que componer, según la donosa frase de Ramón Correa, dos novelas diarias, una corta y otra un poco más larga, que se llaman almuerzo y comida, ¿qué menos ha de invertir en la composición de las susodichas novelas que cuatro añitos de su vida mortal? Y si no necesita dedicarse á esas novelas pedestres del *pot au feu*, es lo mismo, ó es peor, porque la vida social reclama de las personas de posición desahogada mayor sacrificio y de-

roche de tiempo, y el paseo, el teatro, los convites, los huéspedes, los obsequios recibidos y devueltos, la charla, la higiene, el veraneo, las aguas minerales ó los baños de mar, los viajes de recreo, el sastre, el mueblista... la innumerable caterva de ocupaciones que lleva consigo nuestro complicado vivir actual, robarán al rico más de los cuatro años que otorgo á las trazas del necesitado para remediar su escasez.

Tenemos treinta años. De estos descartamos diez... para dormir. No se ría V.: para dormir: porque el sueño, como nadie ignora, nos sorbe la tercera parte de la vida. Si al sueño acompaña el insomnio, resultado tan frecuente de los trabajos intelectuales y de las penas del alma... entonces bien se puede decir que en la cama transcurre la mitad del vivir humano.—En fin, pongamos que sólo sean diez años de los treinta los perdidos en dar descanso á la mecánica cerebral, y después de todas las cuentas galanas que hemos echado, quedan veinte años á dis-

posición del literato para invertirlos en las cuatro friolerillas siguientes: *leer lo que ha de leer, estudiar lo que ha de estudiar, pensar lo que ha de pensar, y escribir lo que ha de escribir.* ¿Le parece á V. si le vendrán anchos los veinte añitos que mi increíble prodigalidad le otorga?

Pues sobre esos veinte añitos; sobre ese capital único que puede beneficiar el escritor, es sobre lo que giran en descubierta los ociosos y los impertinentes, empeñados en llevarle á la bancarrota. Desde que un escritor logra cierta notoriedad, diariamente y so color de homenaje, ó de ataque, ó de solicitud de protección, ó de consulta, ó de... en fin, ¡de cualquier cosal ve atacado su tesoro, roído su tiempo, liquidado su haber.—Permitame V. que cite cosas que me suceden á mí misma, pues nada conozco mejor (y es natural) que mi propia historia.

A mí me escriben para que fomente todo lo fomentable y mueva todo lo movable; quieren que yo impulse más que la hélice de un trasatlántico. A mí me

proponen asociaciones, ligas, obras benéficas y malélicas, empresas dignas de Jerónimo Paturot; y entre las dos mil ó dos mil quinientas cartas que por término medio recibo al año, si las hay ingeniosas, bonitas, halagüeñas, oportunas y consoladoras, también las hay dignas de pasar á la estantería de un archivo de curiosidades psiquiátricas, y quedar allí para estudio de las generaciones venideras. Yo no sé si tengo ó no tengo fama de talento, ó si muchas personas juzgan que soy un adoquín que sin permiso del entendimiento escribe por obra y gracia de Dios; y me inclino á creer que, en efecto, gozo más fama de boba que de discreta, porque llueven en mi buzón cartas intentando darme el tan acreditado *timo del entierro*, y hablándome de tesoros ocultos entre peñas y riscos, tesoros que irán á desenterrar dos hombres de buena voluntad si yo les adelanto la friolera de quinientas pesetillas para el viaje...

No entremos en el capítulo de los anó-

nimos, que sería cuento de nunca acabar. Los recibo muy corteses y hasta entusiastas; naturalmente viene mezclado con ellos el fétido barro del arroyo, que los mentecatos me lanzan sin más compensación del gasto del franqueo que mi acostumbrado encogimiento de hombros cuando, muchas veces sin abrir la carta, la echo al cajón... Amenazas y consejos; groserías soeces y delicadas flores; prosa y verso; papel satinado, oliendo á lirio, y estraza manchada con borronazos y cruzada de palotes...; de todo hay en mi colección de anónimos. Y vienen algunos en cifra, otros en idiomas extranjeros, otros ilustrados con viñetas y jeroglíficos, otros en plieguecillos timbrados, desde el timbre modesto de una margarita, hasta el heráldico más empingrotado y reluciente...

Flor de cantueso son, no obstante, los anónimos, al lado de las recomendaciones, con las cuales, si yo tuviese el *do-naire* de Luceño, haría un sainete mucho más nutrido de datos que el suyo. Pare

V. aquí la consideración, porque la cosa lo merece. Dicen que tengo *influencia*, y más me valiera que dijese que tengo tifus ó sarampión ó algún otro mal pegadizo. A bien que lo del mal podría ser cierto, y lo de la influencia no, ni ese es el camino. ¿Y á santo de qué había yo de tener influencia? ¿Acaso los trabajos literarios, la poca nombradía que una pluma puede conquistar, las simpatías que, revueltas con sus correspondientes antipatías, encuentra á veces el escritor en su camino social, como en los senderos del campo hallamos juntos el cardo y la madre selva, suponen eso que en el lenguaje corriente llaman *influencia*, y que en nuestra sociedad no usufructúan y gozan sino los hombres políticos? ¿Qué rayo de influencia (séame permitido expresarme con tal energía, porque la cosa va tomando proporciones bufas) va á tener una escritora y una dama, que ni es esposa, ni hermana, ni prima, ni amiga estrecha de ningún personaje, para dar destinos, repartir curatos y canonjías, enderezar pleitos, muñir tribunales de

oposiciones, trasladar oficiales, sacar ánimas de presidio y hasta crear nuevas corporaciones, con su plantilla de funcionarios retribuidos por el Estado, como ya se ha pretendido que hiciese? (No lo dude V.; es auténtico: guardo los documentos en mi archivo.)

Si algún servicio puede esperar de un escritor la patria, no es ciertamente el de que se convierta en *factotum*, agente y correveidile, ni que pase su vida escribiendo, en vez de libros, volantes, billetes y protocolos para recibir en contestación B. L. M. de ministros y subsecretarios, con la fórmula oficial "se hará lo que se pueda.". No: yo siento, y V. debe presentir, que no es tal la *misión* del escritor, ni tal el género de consuelo, favor y beneficio que de él han de esperar los que le leen y hacen profesión pública de admirarle. Por poquisimo que un escritor valga, ha de valer más que para andar importunando á los ministros, á fin de "sacar" una plaza de meritorio... plaza que le será negada, porque ¡para dar plazas

á ruegos de escritores y sobre todo de escritoras está el tiempo! ¡Qué dirían los caciques, qué las naciones extranjeras!

Yo entiendo que todo esto procede de la falta de iniciativa práctica y el exceso de imaginación que padecen nuestros compatriotas en general. Incapaces de aprovechar los recursos que tienen á su alcance, de crearse su propio destino, sueñan con la intervención del *Deus ex machina*, del milagro, de la fantasía. El milagro, soy yo; yo, el ser misterioso á cuya voz van á allanarse las dificultades, y á virar en redondo la suerte de un individuo ó de dos, ó de ciento. Y todo ¿por qué? Porque he escrito un libro, ó un artículo; porque en literatura se conoce mi nombre; porque el ministro X. ó Z. me deja una tarjeta ó asiste á mi casa una noche de sarao. Siempre el romanticismo, la novela (género Alejandro Dumas ó Ponson du Terrail), en que llega á la corte un hidalguelo gascon, y á la media hora, ó al minuto, por la pícara casualidad de haberse tropezado con la duquesa de Chevreuse,

que va enmascarada, al toque del *cube fuego*, y haberle ella dado dos letritas ó un anillo para la reina, cátaelo ya metido en la corte, y capitán de guardias, y general, y hasta príncipe...

Crea V. que se impone un estudio serio sobre este fenómeno psicológico tan fácil de observar en España, ó sea la maravillosidad en las recomendaciones. Epistolas recibo yo que son, en ese respecto, documentos inestimables. "Con una carta de V., sólo con una carta, tienen pan mis ocho hijos. ¡Piedad, señora! En V. nada más espera una afligida familia." "Diez renglones de esa mano, y mía es la administración de estancadas de Navalbollo." "Sólo con que vea V. al ilustrísimo señor Obispo, al ministro de Gracia y Justicia, al Provisor, al Nuncio, á S. A. la Infanta y á S. M. la Regente, y les hable al alma, ya me veo disfrutando mi canonjía de Orbajosa." "Bien sé que si V. lo toma con empeño, nada puede negarle el Presidente del Consejo de Ministros. No sirve la modestia: dicho por

V., hecho por él. ¡No faltaba más! ¡Demasiado sabemos los quilates de su *influencia*, y lo imposible de que á V. se le niegue lo que solicite con algún calor! De V. pendé mi suerte y mi colocación; porque si tuviesen la desfachatez de no querer atenderla, con la relación de mi historia y servicios que va adjunta haría V. para *El Imparcial* un artículo que levante ampolla, y ya se tentarán la ropa antes de ponerla á V. en el caso de amotinar la opinión pública. „*Mutatis mutandis*, así me escriben, y aún peor, sólo que debo respetar el secreto de la correspondencia y no indico todo, ni siquiera la mitad. ¡Sería un poema!

En suma, de lo que tratamos aquí es de la cuestión de tiempo disponible. ¿Cree V. que no lo roban estas triquiñuelas? Pues sí lo roban, porque no siempre se les puede dar carpetazo, y algunas veces hasta el ánimo se mueve é interesa, ó por compasión, ó por amistad, ó por el natural deseo de hacer bien, complacer y servir al prójimo que sentimos

los que no tenemos mala entraña. La maravillosidad ajena estimula la poca que reside en nuestro espíritu: esperamos coger de buen humor al alto personaje, y con sincerísima voluntad le buscamos, le citamos, le escribimos... Cualquiera que sea el fruto (esto de fruto es figura retórica) de nuestro empeño, el resultado positivo es que hemos invertido tiempo, y en ese tiempo podríamos estudiar, escribir... ó soñar en dulce pereza, lo cual vale más todavía.

Porque sepa V. ¡oh neófito! que he omitido en el presupuesto de tiempo ese importantísimo renglón de la holganza, y ganas me entran de decir que ninguno tan indispensable para el artista. Hay que dedicar todos los años, todos los meses y aun todos los días, algo al descanso y al recreo del cuerpo, al ensueño apacible, plácido, hasta trivial; hay que ir de tiendas, ó coger flores, ó cuidarlas y arreglarlas en un jarrón, ó pasear, ó beber aire, ó irse de excursión, ó comer fresa; en fin, hay que hacer mil tonterías, cosas

sin ninguna significación intelectual, cosas sencillas y buenas como las que hace cualquier burgués, porque las impone la necesidad de ejercicio y las pide el equilibrio mental: ellas restituyen al literato la elasticidad perdida y dan nuevo tono á la fibra relajada. Si nos quitan esta superfluidad, esas horas en que ningún cuidado, ninguna preocupación deben tener acceso; si no defendemos ese bien tan real y positivo de gozar lo que Aristóteles llamó el bien supremo, el vagar, el ocio, somos perdidos: el torbellino nos arrastra, la hora no nos pertenece, y vamos como una arista de paja á consumirnos estérilmente, ó, como la hoja seca, á danzar según el viento que sople... Si algún día llega V. á ser *célebre* (¡poco significa aquí esta palabra!) resista V., acórtese, defienda su pereza... Ella es la madre del trabajo.

Respete V. el mío, aunque nada vale, y conténtese con que le escriba, no cuando *pueda*, sino cuando me plazca...



STUART MILL ¹

HALLÁBAME en Oxford el año pasado mientras celebraba sus sesiones la *Asociación británica para el adelanto de la cultura*, y entre los contados estudiantes que aún quedaban, topé con un inglés, hombre de buen entendimiento, de esos á quienes se les habla sin ambages. Llevóme por la tarde al nuevo Museo, henchido de ejemplares curiosos; allí se dan series de lecciones, se prueban nuevos aparatos; las señoras asisten y se interesan por los experimentos, y el último día, llenas de entusiasmo, cantaron el *God save the queen*. Admiraba yo aquel celo, aquella solidez mental, aquella organización científica, aquellas suscripciones voluntarias, aquella aptitud para la

¹ Prólogo al tomo II de la Biblioteca de la Mujer.— *La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill,—próximo á ver la luz.